

ta todos los gastos. El debía por consiguiente, proporcionarnos caballos, tiendas de campaña, lechos, buena mesa, escolta y alojamiento en los mejores hoteles.

Tan luego como el contrato estuvo concluido lo llevamos al cónsul frances para que le imprimiese el sello de su autoridad.

CAPITULO V

VIAJE A NAZARET

POR LA SAMARIA.

Febrero 21.

ESTE dia determinamos salir de Jerusalem. Como la primer jornada de aquí á Betel es muy corta, no quisimos emprender la marcha sino al comenzar la tarde. Empleamos la mañana en hacer los preparativos del viaje. Yo me compré un capote de pelo de camello (*abehy*) de los que usan los beduinos, para defenderme del agua, porque estos capotes son impermeables. Compré además una *cuffi*, especie de pañuelo de seda con cordones y borlas en los bordes, que sirve para liarlo alrededor de la cabeza, y es un gran recurso contra el sol. Fortunato me suministró unas polainas de cuero con grandes hebillas, que me subian hasta el muslo, destinadas á defenderme contra la lluvia, el lodo y las espinas.

Mi dragoman tuvo la atencion de proporcionarme un hermoso caballo alazán, alto y de raza pura, de los que montan los árabes, y que bajo los rayos abrasadores del sol, devoran las distancias, cruzando con la rapidez del relámpago sobre las inmensidades del Desierto. Mi caballo además estaba ricamente enjaezado, con brida y silla inglesas, y esto contribuia mucho á dar realce á la belleza y gracia de sus formas.

Seis beduinos bien armados formaban nuestra escolta. Iban dos arrieros, un cocinero y un mozo en la caravana. Había dos mulas para nuestro equipaje, y dos destinadas á cargar las provisiones, los lechos, las tiendas y los útiles de cocina y de mesa. Éramos trece las personas que formábamos la comitiva, y llevábamos diez y siete bestias.

En estos países donde se carece de todo en un viaje, es necesario proveerse de cuanto es indispensable anticipadamente, pues con frecuencia es preciso acampar á cielo raso, sin que haya medio de comprar ni las materias primas que se han menester para el alimento.

A las tres de la tarde, terminados ya nuestros preparativos, dijimos adios á los franciscanos, y montamos á caballo para salir de Jerusalem. El padre Procacci y el hermano Pedro se despidieron de mí con lágrimas, lo que me dejó en extremo reconocido. El judío Mussa me tuvo el estribo de la silla y la brida del caballo para que montara, y yo al partir le di una piastra de oro. Me dijo adios también con enternecimiento, deseándome muchas felicidades y dándome mil bendiciones.

—El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob os acompañe y guie por caminos de prosperidad, y os restituya sano y salvo al seno de vuestra familia,—exclamaba el judío á grandes voces, en su lenguaje bíblico, mientras yo me alejaba á buen paso del convento franciscano.

§ I

BETEL.

Salimos de Jerusalem por la puerta de Jaffa, y pasamos por el flanco de una colina de ceniza. Un poco adelante encontramos el mausoleo de Elena, reina de Adiabena, conocido vulgarmente con el nombre de *tumba de los reyes*. Tuve el sentimiento de no detenerme á visitarlo, por ser ya tarde y haber de llegar á Betel antes del oscurecer.

Atravesamos el valle de Josafat por una senda pedregosa, y llegamos á la cumbre del monte Skopo. Este monte es célebre, por haber sido el lugar donde el gran sacerdote Jado vino á encontrar á Alexandro, que vencedor del Asia, marchaba á la conquista de Jerusalem. Jado se había puesto sus insignias pontificales, y venia acompañado de gran número de habitantes de la ciudad vestidos en traje de fiesta. Todos ellos entonaban cánticos, y aquel cortejo de paz que le salía al encuentro, impresionó vivamente en la imaginación al héroe macedonio. Y reconociendo Alexandro en el pontífice al anciano venerable que había visto en sueños, se postró delante de él de rodillas para adorar el nombre de Jehová escrito sobre su tiara.

Alexandro entró pacíficamente en Jerusalem y fué al Templo en compañía del gran sacerdote, á ofrecer sacrificios al Dios verdadero. De allí en adelante, el conquistador eximió á la Ciudad Santa, cada nueve años, del tributo que pagaba.

Desde la altura de este monte se descubre Jerusalem por la vez postrera. Descendí del caballo para decirle adios, así como la había saludado, de rodillas, y leyendo en el libro del hermano Lavinio, entoné dentro de mi alma esta elegía sublime, que sola puede expresar los sentimientos de un corazón que, teniendo á Jerusalem por patria, derrama llanto en su ausencia.

«Junto á los rios de Babilonia nos sentamos y lloramos acordándonos de Sion. Porque allí nos pidieron los que nos tenían cautivos, palabras de canción; y los que por fuerza nos llevaron, dijeron: Cantadnos un himno de los cantares de Sion. ¿Cómo cantaremos cántico del Señor en tierra ajena? Si me olvidase de tí, Jerusalem, á olvido sea entregada mi derecha. Quede pegada mi lengua á mis fauces si yo no me acordare de tí, si no me propusiere á Jerusalem por punto principal de mi alegría.»

Levantándome despues y montando á caballo, eché una última mirada á la Ciudad Santa, pensando que no volvería á verla sino hasta el dia en que el Juez Supremo convocase á las gentes del Levante y